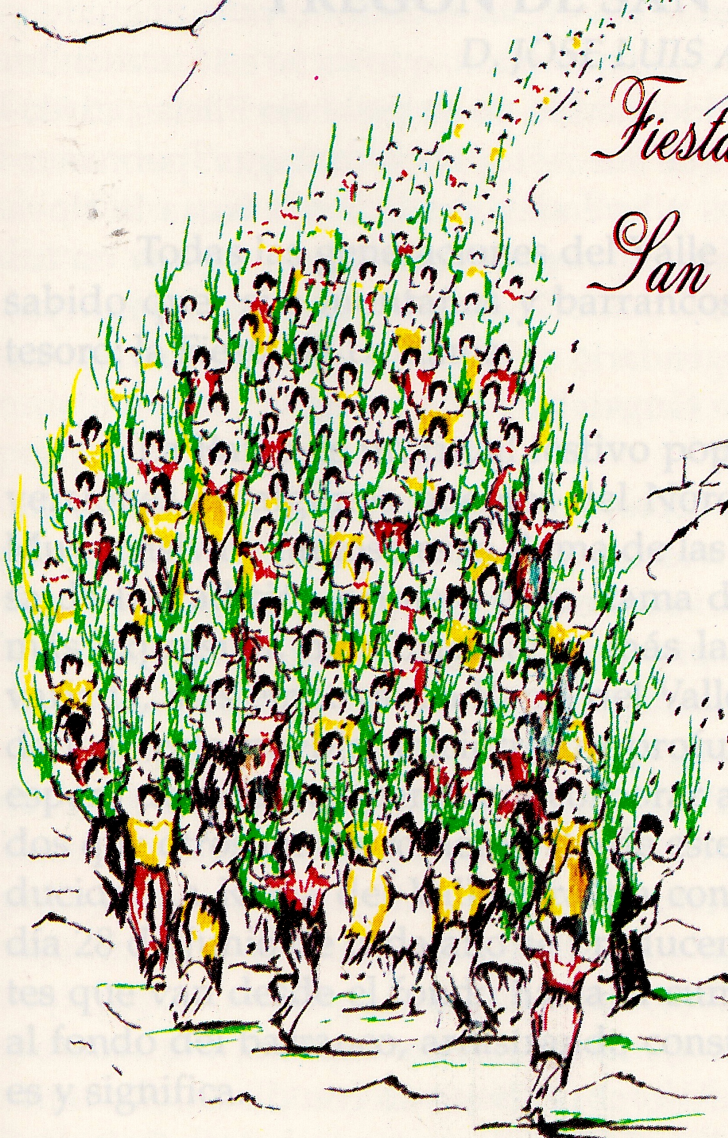




*Fiestas de  
San Pedro Apóstol*



VALLE  
DE AGAETE

1990

PIMPAL



## PREGON DE SAN PEDRO-1990

*D. JOSE LUIS ALAMO SUAREZ*

Todas las generaciones del Valle de Agaete siempre han sabido que sus montañas y barrancos guardan un precioso tesoro: la Fiesta de La Rama.

La Rama es un ritual festivo popular que tiene diversas versiones en algunos pueblos del Noroeste de Gran Canaria. Muy masiva y famosa es la Rama de las Nieves; muy respetuosa de la tradición primera es la Rama del Valle: más intimista, más expresiva, más originaria, más larga, más olorosa, más variada, más emotiva. La Rama del Valle es un signo de identidad de este pueblo; encierra un profundo contenido que yo espero desvelar, en parte, e incorporar a la multitud de revelados que otros tantos romeros, desde este mismo lugar, han producido. La Rama del Valle arrastra consigo al Valle entero. El día 28 de Junio de cada año se producen unas intensas corrientes que van desde el fondo hasta la cumbre y desde la cumbre al fondo del barranco, arrastrando consigo todo lo que el Valle es y significa.

Testigo es la impresionante fortaleza del Tamadaba con sus picos y cañadas, laderas y vertientes: las Tres Guayarminas, la Gambueza, Siete pinos y los Tesos.



Testigo es el frondoso socavón enaltecido del Sao y del Hornillo desde Tierras de Manuel al Campanario, desde Montaña Gorda hasta las Presas, desde el Paso a Fagagesto.

Testigo son los Berrazales, gigantesco dragón muerto, en otro tiempo volcán enardecido, en cuya piel crecen berros y berrazas. Testigo inconfundible, siempre recto, el Risco La Escalera que la serpentea subiendo hasta Jabelogos y culmina su ascenso en los Andenes de los Giles; desde allí vigiló el milano, ya extinguido y sigue de centinela el cernícalo mermado, que ya se está acabando. Testigo sereno y descansado, herido en su piel bajo Piletas, cardonal rajado y destripado, que sus restos no se extingan, permanezcan alumbrando milenios y leyendas, desde Troya hasta la Hoya de María y hasta la Umbría generosa que regala frescor en los duros calores del estío y del otoño. Testigo, en fin, Tierras Bermejas, antesala del Guayedra legendario que, entre picos y cerros, son las últimas raíces del gigante Tamadaba.

Y al pie de este cerco, como dragones cristalizados en piedra que rugen en invierno, volcando aguas cristalinas por todas sus vertientes, se extiende la vega del Valle frondosa, hermosa y generosa. Chapín y los Peñones, Las Longueras y Barranco María, Las Huertas, Las Chocetas, Arenal, Lomo la Torna; El Guerra, Capote y Culatilla; El Ingenio, Montañeta, Arenales y La Laja, La Peña y La Morreta; El Hoyo, La Mejora, Capellanía y La Culata; Melo, La Corcobá, El Vinco, La Solana, Madrelagua y los Menores; y el Cañon y la Barrera. Todos ellos son alfombra de la Rama del Valle de Agaete. Alfombra dibujada con tomateros, cafeteros, naranjas, limas y limones; papayeros y aguacates; plataneras, mangueras y zapotes; durazneros, manzaneros y ciruelos. Alfombra dibujada con distintos caseríos: La Calera y Cuevecillas, San Pedro y Vecindad de Enfrente, Las Casa del Camino, el Sao y el Hornilo; de día puntos blancos, brillantes por el sol que nos alumbramos; de noche, puntos luminosos, reproduciendo en su suelo la Bóveda del cielo.



El cerco de montañas, la vega de un valle fructuoso, los caseríos y las casas que mantienen encendido el calor de los hogares, se completan y llenan de sentido con la vida humana del vallense. Con ritmo primitivo y un haz de ramas del Pinar, bailan los hombres maduros y los viejos, las muchachas y muchachos, los niños a los hombros del padre, de la madre, del hermano o del amigo.

Vivir en el Valle es ser romero. Romeros fueron Pay Sensio, romeros fueron Juan Arenales, D. Clemente y Maestro Eusebio, romeros son los de Arenales-Naranjeros, Pedro el de Fernando, Pepe el de Lala y el Gran Cuquilla. Romeros son los chiquillos que al pensar que la Rama iba a perderse, emprendieron el ascenso hasta Berbique y los Zancones y volvieron dando vueltas como piedras, al son del tambor y los platillos. Y subieron 100, y después 150, y al otro año 200, y este año muchos más. Romero soy con orgullo porque soy del Valle, porque subo al monte, porque bailo y bailo, porque he recibido el honor de cantar a los romeros en este momento que será para mí siempre inolvidable. Romeros somos todo el pueblo, los que viven aquí y los que han tenido que ir a vivir fuera. Y todos bailamos, y todos al bailar nos abrazamos; y todos bailando dejamos el pueblo rebozante de perfumes, con olores de pino y eucalipto, de laurel y de poleo. La alegría de bailar la Rama nos divierte; aunque nos cansa, nos divierte. La alegría de bailar la Rama nos hace vivir profundamente, sentimientos ocultos del paisaje, de la tierra y del trabajo. La Rama es un momento que resume todo el año: la tristeza y la alegría, la esperanza y la nostalgia, la rutina y la fiesta, el trabajo y el descanso, el nacer, el crecer y el morir. Porque, aunque produzca desgarró el pronunciarlo, los que han muerto, también gozan nuestro baile. Bailar en este día es más que divertirse, es expresar la vida misma, la vida nuestra. La Rama es un momento que resume muchos años anteriores: estos últimos de mejor comodidad, aquellos anteriores del carbón, la leña y la pinocha; aquellos



más lejanos del Valle frondoso, rebotante de árboles frutales, de dulas de la gruesa permanente; y aquellos primeros que nos dicen de las Harimaguadas, trepando al monte y chapoteando el mar, implorando a Alcorac la sangre fecunda de la tierra.

El Valle es algo abierto, abierto al mar, pasando por el pueblo de Agaete. Si la Rama es monte y mar, las dos ramas forman una, con un corte temporal de cuarentena. San Pedro sube al monte y baila; las Nieves baila y baja al mar. San Pedro empieza el baile y las Nieves lo termina. Son dos momentos distintos de un mismo ritmo festivo y vital. Por eso el Valle no se encierra en sí mismo, se abre al municipio. El Casco, Piletas, las Nieves, el Risco, juntos con el Valle, producen el nombre de Agaete. Y se abre a las montañas, por sus caminos reales. El que sube a Tamadaba, el que llega hasta Artenara por el Sao y el Hornillo, Barranco Hondo, Lugarejo y Juncalillo. El que conduce a la fuente de nuestras aguas ferrosas, el Sabillo, Los Pasitos, la Corcobá, la Solana y Berrazales. El que accede a los Caideros por la Culata y Jabelogos. El que llega a Gáldar y Guía y a Las Palmas por Camino Nuevo, los Llanos y las Cuevas del Juncal. Caminos de arrieros, hoy envejecidos. Caminos que traían la leña, el carbón y la pinocha; las papas, las ciruelas, el baifo y los quesos; la ropa, los zapatos y las cosas de las casas. Caminos de arrieros que llevaban el azúcar del Ingenio, las sardinas tostadas con gofio, el café y el aguacate y todos esos frutos que sólo aquí se producían. Caminos que llevaban el millo a los molinos de la Cuesta del Molino y del Sao y que traían el gofio calentito a los hogares.

El Valle es algo abierto al Noroeste, su comarca: La Aldea, Agaete, Gáldar, Guía y Artenara. El olor de la Rama les llega y les atrae, como llega también hasta nosotros, el Charco, la Cuevita, San Isidro, Santiago y las Marías, y, con un mayor impacto, las fiestas de la Virgen de las Nieves. Que vengan las fiestas, que nosotros iremos a las de ellos. Que esta es una fies-



ta, que las de ellos también son fiestas nuestras. Y Teror, y la Caña Dulce de Jinámar, y Tunte, y las fiestas de San Juan. Cuanto hay dentro de una isla es de todos los isleños. ¡Pepe! haz sonar el Caracol, que se oiga en las montañas y barrancos, en las cumbres y en las orillas del mar. Y más allá del mar, en el Hierro y Tenerife, en Fuerteventura y La Palma, en Gomera y Lanzarote. El Teide y Taburiente; Garajonay, Malpaso, los Jameos del Agua, la Punta de Jandía, Lobos, La Graciosa y Alegranza y el Valle de Tejeda, al que Unamuno llamó tempestad petrificada, forman parte de un todo al que también pertenecen la Playa de las Nieves, el Macizo Tamadaba y el valle de Agaete. El Carnaval de Tenerife, la Bajada en el Hierro, las Lustrales de La Palma, Guadalupe, La Peña, Los Volcanes y el Pino son fiestas de todos los Canarios, de las que también forman parte la Rama de las Nieves y la Rama de San Pedro en el Valle de Agaete.

Esta última es la que hoy estamos pregonando, proclamando y anunciandoa todos los vientos para que, en forma de brisa perfumada, atraviese las montañas y los mares, hasta los últimos confines de nuestro Archipiélago Canario.

La fiesta del Valle es diversión, más aún, expresión alborotada de sentimientos profundos y vitales. Nuestra Rama de San Pedro es también un compromiso de lucha. Para conservar nuestro paisaje. Dejemos las montañas como están, y las laderas y cañadas. Que siga ahí el panorama que se observa desde el Piquillo: el escalofriante Valle, a los pies, con Tenerife al fondo; y el recoleto rincón asilvestrado del Sao y el Hornilo. Y el cardonal de la Calera, y el naranjal y el cafetal y el tabaibal y el berodal. Y el poleo del Pinar, que algunos nos han querido esquilmar. Vecinos del Valle de Agaete, paisanos míos, seamos defensores del poleo, y, con él, de todo lo que es nuestro para el disfrute y el bien de la gente de esta tierra. Para progresar en bienestar. Que queden lejos los tiempos del hambre y la mise-



ria; que siga el Valle mejorando sus caminos, sus aguas, su alumbrado. Que tras el servicio médico, recién logrado, contemos con nuevos servicios que confieran alta rentabilidad a la Parroquia, la Escuela y la Asociación de Vecinos, para el bien de los viejos y los nuevos. Que se vayan, que se vayan los chicos y chicas a estudiar y que vuelvan, que vuelvan cargados con sus títulos. Que los niños y adolescentes encuentren aquí, en este Valle, los medios adecuados para la educación que enriquece y el juego que hace crear e imaginar. Para lograr medios de pureza. El Valle fue medio de vida para los guanches que hace tiempo lo habitaron. El Valle tuvo años de esplendor con una agricultura especial y diferente. El Valle tuvo un molino de Azúcar en el Ingenio, que de ahí viene su nombre. El Valle mantiene pequeñas empresas de agua, turismo, comercio y construcción. Pero llegará el día, oh esperanza quijotesca, que aquí tengamos una industria; no sé el tamaño, ni que producirá. Pero tendremos una industria que dé peso y consistencia a nuestra economía.

Imaginación, retos y esperanzas. A ello nos lanza el vibrante ritmo de la Rama; en ello nos meten los reiterantes tambores y platillos. Y todo queda dentro, rumiándose, con el acompañamiento tranquilo y sosegado del viejo caracol. Día 28 de junio, a la hora en que el sol se ha puesto bajo nuestros pies, se ha montado el bullicio, la música comienza sus alegres pasacalles, los voladores alborotan la bóveda celeste, muchachos y muchachas emprenden el ascenso a Tamadaba. Descanso en Los Zancones. Una hoguera para asar piñas y tollos, reúne al personal, y el chiste y la canción, y la bebida, y la broma y el sueño que no pega. Empieza a amanecer y, con la misma, los romeros reemprenden el ascenso. Y llegamos al Pinar, de las ramas ya cortadas cada uno hace su haz: de pino y de eucalipto, de laurel y de poleo. Y se revuelve el camino entre jaras y altahacas. Y nos asomamos todos al Pico de Berbique y hacemos sonar el Caracol y nos responden con voladores y música.



Y continuamos el descenso, y bebemos hasta hartarnos de agua en las Goteras. Y llegamos a la Era del Molino, y un caldo de Gallina, en anterior noche robada, allí nos tienen preparado. Y comienza el baile frenético y masivo. Y no avanza y no avanza, a pesar de la presión de mayordomos. Y San Pedro se asoma a su puerta, esperando, esperando a que lleguen los romeros a la plaza. Y hasta la tarde, justo el momento en que hemos logrado llenar a todo el Valle del perfume del pino y eucalipto, del laurel y del poleo. Y acompañándolo todo, como erupción de volcán, los ecos centenarios del grito permanente de las fiestas:

*¡¡VIVA SAN PEDRO BENDITO!!*